

AMBROSETTI-24

y. 2

CAJA AUTOR

Q 103

CAJA. AUTOR

24

JUAN B. AMBROSETTI



ANTIGÜEDAD

DEL

NUEVO MUNDO

(Crítica al doctor Latouche-Treville á propósito
de su artículo titulado

“L'Antiquité du Nouveau Monde L'Amérique avant Colomb”)



Extracto de la “Revista de Derecho, Historia y Letras”



BUENOS AIRES

148503 – Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser
Calle San Martín esquina Cangallo

1903

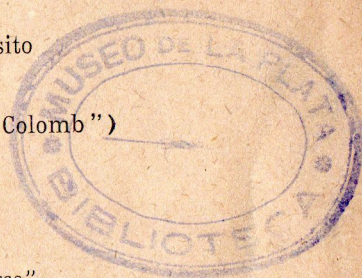
A
2

JUAN B. AMBROSETTI



ANTIGÜEDAD
DEL
NUEVO MUNDO

(Crítica al doctor Latouche-Treille á propósito
de su artículo titulado
"L'Antiquité du Nouveau Monde L'Amérique avant Colomb")



Extracto de la "Revista de Derecho, Historia y Letras"



BUENOS AIRES

148503 - Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser
Calle San Martín esquina Cangallo

1903

Antigüedad del Nuevo Mundo

(CRÍTICA AL DOCTOR LATOUCHE-TREVILLE Á PROPÓSITO DE SU ARTÍCULO
TITULADO « L'ANTIQUITÉ
DU NOUVEAU MONDE L'AMÉRIQUE AVANT COLOMB »).

En el número 3° del vol. XLIV de « La Revue », *Ancienne Revue des Revues*, correspondiente al mes de febrero ppdo., el doctor Latouche-Treville en un artículo destinado á dar á conocer algunos de los descubrimientos recientes en el terreno de la arqueología del Nuevo Mundo, ha escrito una larga introducción cuyo contenido motiva la presente crítica.

En ese trabajo se nota una ligereza tan grande al hacer ciertas afirmaciones, que no sólo choca á todos los que tratamos de ser sinceros, y para lo cual no descansamos en conquistar el dato, cuando tratamos de escribir sobre algún tópico de nuestra especialidad, sino que también nos demuestra que nuestro autor posee un desconocimiento completo de todo ó por lo menos lo principal que se ha escrito sobre arqueología y etnografía americana.

Y precisamente por esto es que su artículo empieza por esta monstruosa como pintoresca afirmación.

« Los ojos de la prehistoria son la arqueología y la etnología. Ahora bien la arqueología ha sido durante mucho tiempo considerada como un elemento sin valor en el estudio del Nuevo Mundo. Bajo este punto de vista no se le tomaba en cuenta por aquellos que pedían á las excavaciones los secretos de las antiguas civilizaciones desaparecidas. Nadie se habría preocupado hace cuarenta años

sostener que hubiera sido posible que el suelo americano, sondado y excavado, escondiese tesoros análogos á los que la azada ha descubierto en el Antiguo Mundo, con los que la Europa llena hoy sus museos asirios, egipcios, persas, fenicios, griegos ó romanos, mientras que sobre estos hallazgos de tumbas, sarcófagos, estelas, estatuas, vasos, mármoles, bronce é inscripciones, se ejercitan la paciencia y la sagacidad de la erudición moderna.

« Los americanos mismos creían firmemente que cavando en su misma casa, no descubrirían nada de importante. Ellos aceptaban la aserción (ó premisa) que sus primeras etapas sobre el camino del progreso no databan sino desde el primer desembarco de las famosas carabelas en Guanahani el 12 de octubre de 1492, ó de la ejecución ó ahorcamiento de Guatimozin en 1522 por orden de Cortés.

« La ciencia no veía antes de esta época, en las diferentes poblaciones de los territorios que los conquistadores ocuparon, sino agrupaciones étnicas que representan en la escala humana grados inferiores confinando con la barbarie, ó no poseyendo aún ningún centro (ó foco) de verdadera cultura social ».

Los cuarenta años á que hace referencia nuestro autor nos retrocederían hasta 1863, y nadie ignora la suma grandísima de trabajo arqueológico efectuado en América y publicado antes de esta fecha.

Desde la exhumación del gran calendario Azteca, en el Siglo XVIII, hasta aquella fecha en la que ya los museos europeos y americanos poseían buenas colecciones y aun tesoros arqueológicos extraídos del suelo de este continente, la suposición de la ignorancia en cuanto al valor de los estudios arqueológicos americanos había desaparecido hacía ya mucho tiempo y, por consiguiente, es gratuita.

Hasta el 1863 ya todos sabían lo que las exploraciones metódicas podrían dar y si bien ellas anduvieron lentamente ya sea por los pocos estudiosos que podían dedicarle su tiempo, ya por los exiguos recursos que se les destinaban ó ya por las circunstancias especiales por que atravesaban las diversas repúblicas de ambas Américas, esto no implica

que no se hayan hecho esfuerzos meritorios por parte de gobiernos, sociedades científicas y aun hombres de ciencia aisladamente, que nos han legado una literatura llena de datos importantes y muy digna de tomarse en cuenta en todo tiempo, y es por esto que no podemos aceptar la afirmación de nuestro autor, de que H. H. Bancroft *fué el primero que combatió esta teoría*, puesto que mucho antes que este gran trabajador á quien los americanistas mucho debemos, publicara, en 1873, los primeros volúmenes de su monumental obra *The Native Races of the Pacific States*, otros muchos lo habían precedido en su magna tarea y gracias á los trabajos de ellos pudo enriquecer su espléndida biblioteca americana.

Mr. Gallatin, en 1836, publicaba ya en las Transactions of The American Antiquarian Society, t. II, una *Synopsis of the Indian Tribes within the United States and in the British and Russian possessions in North America*. Mientras el célebre Morton, daba á luz el mismo año, en Filadelfia, á su gran obra *Crania Americana*.

En las dos décadas, entre 1840 á 1860, la literatura se enriquece con obras notables muchas de las cuales se refieren á la América del Sur, pero el autor parece, según se colige por todo lo que describe en estos artículos, que no da importancia alguna á esta parte del continente tanto ó más interesante que la boreal.

Para probar nuestro aserto y encaminar á nuestro autor á fin de que pueda beber en las fuentes, daremos el título de algunas de las obras y el nombre de sus autores que no merecen, por cierto, ser olvidados :

De 1841 á 1843 el sabio dinamarqués Lund daba á conocer sus trabajos sobre el Hombre fósil de Lagoa Santa en el Brasil.

McKenney y Hall publicaron en 1844 sus tres volúmenes sobre la *Historia de las Tribus Indias de Estados Unidos*, y Catlin, el célebre viajero artista, en el mismo año, con sus dos tomos impresos en Londres, sorprendía con la revelación de la vida íntima de esas mismas tribus cuyas bizarras indumentarias, sus espantosas ceremonias de la danza del sol,

sus arriesgadas cacerías, sus grandes asambleas, etc., ya no fueron secreto para nadie.

En 1847 el célebre viajero francés Mr. Alcides D'Orbigny emitía sus teorías en su conocida obra sobre L'Homme Américain.

Y en Londres, el antecesor del meritorio Duque de Loubat, el inolvidable Lord Kingsborough desde 1830 hasta 1848 venía publicando su monumental obra en nueve volúmenes *Antiquities of Mexico* en la que gastó 32.000 libras esterlinas y exhausto ya de dinero tuvo que morir en la prisión por deudas de Dublin, á causa de la demanda que le interpuso el fabricante de papel que empleaba para imprimirla.

El mismo Gallatin publicaba más tarde, en 1852, en las Transactions of the Ethnological Society, otro trabajo casi complementario del primero sobre las *Semicivilizadas naciones de México, Yucatán y Centro América* y Stephens y Catherwood, en 1854, daban á conocer en su curiosísima obra *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, los detalles de las ruinas de las viejas ciudades cubiertas por los bosques, y cuyos jeroglíficos definitivamente descifrados gracias á la paciencia y perseverancia de no pocos estudiosos que actualmente se dedican á ello, nos revelarán algún día la historia de sus constructores.

Desde 1851 á 1855 fueron apareciendo los cinco volúmenes de la importantísima obra de Schoolcraft *Informations respecting the History, Conditions and prospects of the Indian tribes of the United States of North America*.

Schoolcraft junto á los anteriores, puede decirse que son los verdaderos padres de la etnología norteamericana, y después de ellos empiezan á publicarse monografías de carácter especial entre las cuales podemos citar la de James G. Swan: *The Indians of Cape Flattery at the entrance to the Strait of Fuca*, Washington, 1864.

Para la América del Sur, los estudiosos de etnografía y arqueología no fueron menos, sin contar á Humboldt, que podemos considerar como observador del siglo XVIII á pe-

sar de que su obra *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigenes de l'Amérique*, fué publicada en París en 1814; debemos mencionar al ya citado Alcides D'Orbigny, á Francis de Castelnau, 1850 á 1852, con su gran obra: *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*, cuya tercera parte se refiere á las Antigüedades de los Incas y otros pueblos antiguos.

A los señores Rivero y Tschudi, con su obra y atlas de *Antigüedades Peruanas*, 1851.

Al señor Gay que describe y dibuja en su atlas de la *Historia Física y Política de Chile*, 1854, las primeras antigüedades recogidas en el suelo de esa República.

Más tarde, del 1860 á 1870, se publican las obras del abate Brasseur de Bourbourg, Charnay y otros no menos importantes á lo que se refiere á Centro América, habiendo empezado el primero á imprimir las suyas en la década anterior.

Esta bibliografía no tiene pretensiones de ser completa, el tiempo me falta, pero con lo señalado ya puede verse que creo basta para dar fuerza á mi afirmación.

Pasemos á otra parte del trabajo del señor Latouche-Treville:

« Bancroft había abierto la vía de la etnología americana. Otros jalonaron este camino casi al mismo tiempo que él. El más activo de estos pionners fué John Wells Foster. Como Gibbon que hizo surgir de las ruinas de Roma el alma romana antigua, tuvo, visitando bajo el punto de vista geológico el Ohio, la convicción que, bajo los numerosos túmulos que se veían en los valles de este río y en los del Mississipi, se ocultaban las *primeras* manifestaciones de la vida social americana. Estas construcciones de tierra (*mounds*) que se hallan á cada paso desde los grandes lagos hacia Méjico y desde la América Central hasta el Istmo ⁽¹⁾. Se revelaron á su mirada genial como construcciones debidas no á la naturaleza, sino á las manos de los hom-

(1) Y aun en Sur America, entre otros los de Campana, Nancay, etc., en la República Argentina, el primero de éstos explorado por el doctor Estanislao S. Zeballos y el ingeniero señor Pedro P. Pico.

bres, y le pareció que los constructores de estos grandes terraplenes (mound-builders) debían de haber dejado testimonios de su actividad y de sus instituciones. Algunos de esos mounds le parecieron ser, como se ha demostrado en las regiones megalíticas de la Baja Bretaña, lugares de sepulturas, otros lugares de refugio fortificados, otros lugares destinados á las asambleas religiosas ó políticas. Hizo practicar excavaciones en varios puntos y éstas le probaron que sus suposiciones eran fundadas : los mounds encerraban, en efecto, muchos objetos de terracota, de metal, utensilios é instrumentos diversos que demostraban una civilización. »

Sin desconocer la obra muy meritoria de Foster y sus largos y pacientes estudios que dieron por resultado sus dos trabajos *The Mississippi Valley*, 1869 y *Prehistoric Races of North America* en 1873 ; no debemos admitir con el doctor Latouche-Treville que los mounds y demás construcciones de tierra «se revelaran á su mirada genial (de Foster) como construcciones debidas no á la naturaleza, sino á las manos de los hombres. »

Quien esto escribió desconocía profundamente los espléndidos trabajos de Squier y Davis, los grandes trabajadores, quienes en 1847 y 48 publicaron su gran obra *Ancient Monuments of Mississippi Valley* publicada en las *Smithsonian Contributions to Knowledge*, vol. III, en la cual pueden verse los resultados obtenidos por éstos, quienes desde 1845 á 1847 excavaron y exploraron más de doscientos mounds. El señor E. G. Squier más tarde, en 1851, publicó su otro trabajo complementario, puede decirse, del anterior titulado *Aboriginal Monuments of the State of New York*.

Al año siguiente, 1852, el señor Charles Whittlesey, de la comisión geológica del Ohio, publicó su *Descriptions of Ancient Works in Ohio*. Y en 1855, el conocido autor é ingeniero I. A. Laphan, de la Sociedad de Anticuarios americanos, su tan citada obra *The Antiquities of Wisconsin*.

Larga sería la lista de los que anteriormente al ilustre y muy meritorio Foster se han ocupado de los mounds considerándolos antes que él *obra de los hombres y no de la naturaleza*, teoría por otra parte que el mismo Foster nunca se

quiso apropiar, como asegura el doctor Latouche-Treville, pues conocía muy bien toda la literatura publicada al efecto ; y él no hizo más que seguir un camino ya trillado.

Antes de Foster y desde principios del siglo el asunto de los mounds estaba ya fuera de discusión y sólo faltaba que resolver á qué hombres se podían atribuir su construcción, y conocidas son las teorías antagónicas del Obispo Madison, de Virginia, y del Reverendo Thaddeus M. Harris, de Massachusetts.

Quien quiera conocer los trabajos al respecto anteriores á 1855 sobre esta materia no tiene más que recorrer el trabajo del doctor Samuel F. Haven : *Archeology of the United States or Sketches Historical and Bibliographical of the Progress of information and opinion respecting vestiges of Antiquity in the United States*, publicado en el vol. VIII de dichas *Smithsonian Contributions*, y si además se quiere seguir la discusión posterior y conocer los últimos resultados á propósito de los mounds, puede el lector consultar el completo trabajo del doctor Cyrus Thomas *Report of the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology*, publicado en el tomo XII de esa repartición tan importante y dependiente del Smithsonian Institution de Washington, 1890-91.

Pero basta de mounds y de Mound-builders, y sin entrar á rebatir al doctor Latouche-Treville sus teorías expresadas en el artículo que nos ocupa, trataremos, antes de terminar, de refutar algunas otras injusticias hacia los grandes trabajadores de los estudios americanistas.

He aquí lo que dice nuestro autor :

« El movimiento inaugurado por Bancroft y Foster no podía dejar de hallar adherentes. Y los tuvo no sólo en América sino también en Europa. La etnología se asoció ardentemente, Gatschet en Suiza, Berendt en Alemania le aportaron el concurso de su vasta erudición. En los Estados Unidos el doctor Brinton y Horacio Hale unieron sus esfuerzos para publicar la *Biblioteca de literatura Americana Aborigen*, que tiene por objeto reunir en una misma colección todo lo que se produce de los escritores y lo que emana de las fuentes

indígenas sobre las condiciones étnicas, estéticas é históricas de los pueblos primitivos de la América Septentrional y Central antes de la llegada de Colón. En fin, el Instituto Smithsonian contribuyó con subsidios importantes para los estudios precolombianos, secundando generosamente las investigaciones sobre las leyendas de ciertas tribus indígenas.»

«Faltaba interrogar á la arqueología este testimonio hasta entonces inestimado y relegado, es decir, continuar las excavaciones de los mounds y de las construcciones bajo tierra, y hacer hablar de alguna manera el suelo americano por todas partes donde fuera posible y realizar, en una palabra, para el Nuevo Mundo, lo que llevaron á cabo para el Antiguo los Maspero, los Flinders Petrie, los Morgan, los Delattre, y lo que hicieron Layard y Smit en Asiria, y Schliemann en Troya. Esta fué la tarea del Instituto Arqueológico Americano y principalmente de Bowditch, Saville, Seler, Bandelier, Cushing y de su mecenas el Duque de Loubat.»

Ya hemos probado que ni Bancroft ni Foster inauguraron el movimiento arqueológico en los Estados Unidos y Centro América ya que parece que á éstas sólo dos regiones americanas supone referirse el doctor Latouche-Treville.

La obra posterior á estos dos hombres de ciencia pertenece á muchos otros ilustres trabajadores que merecen ser recordados, muchos ya desaparecidos y otros vivos aún felizmente que siguen trabajando con éxito y publicando valiosas contribuciones que adelantan día por día el conocimiento de la prehistoria americana.

Poner en primera fila á los señores Bowditch, Saville, Seler, Bandelier, Cushing y al mecenas de la arqueología americana el Duque de Loubat, sin citar á otros, me parece mucha injusticia.

Con la mayor parte de los señores nombrados me liga una cordial amistad, y aprecio sus trabajos y su obra, pero ellos también hallarán equitativo y justo que cite á otros que también merecen ocupar un puesto de primera fila entre los arqueólogos y los mecenas de los americanistas.

El nombre de Mr. George Peabody, que en 1866 donaba 150,000 dollars oro para fundar el primer Museo de Arqueología y Etnología Americanas que hoy lleva su nombre, anexado á la Harvard University, debe figurar entre los mecenas é impulsores de estos estudios; lo mismo que el de su primer director el doctor Jeffries Wyman, que ya en 1868 podía presentar en su primer Report los resultados de sus exploraciones del año anterior, 1867, en los Shell-heaps de la costa del Atlántico y en los bancos del Río San Juan en la Florida Oriental. Así como también de los de los Estados de Maine y Massachusetts y de varios mounds sepulcrales examinados en diversos puntos del Lago Salado, Lago Harney y en Black Hammock.

Estas exploraciones se continuaron en los años siguientes principalmente en Florida, Tennessee en Michigan.

En 1871, el profesor C. F. Hartt enviaba al Museo Peabody su primera colección de objetos de arqueología brasileña principalmente de la Isla de Marajó, cuya primer noticia aparecía en el sexto Report de su director, llamando justamente la atención.

Todos sabemos la influencia benéfica que para el estudio de la arqueología brasileña ejerció el profesor Hartt, y en los Anales del Museo Nacional de Río de Janeiro pueden leerse los interesantes trabajos de este malogrado joven, los cuales pueden considerarse como los verdaderos prodromos de esta ciencia en esa República.

El profesor Jeffries Wyman murió en 1874, habiendo dejado el museo á cuya fundación colaboró con 7500 objetos.

El profesor Federico Ward Putnam, discípulo del sabio Agassiz, fué nombrado director inmediatamente después, y hoy es el decano de los arqueólogos americanos.

El doctor Putnam, infatigable trabajador, conservando la dirección del Peabody Museum es, además, el Curator de la sección de antropología del Museo de Nueva York y de la Universidad de California.

La obra de Mr. Putnam ha sido muy compleja. Desde 1875 ya lo vemos explorando las cavernas en las cercanías de la famosa gruta del Mammoth y los mounds de Ken-

tutky, más adelante continúa sus trabajos arqueológicos en el Tennessee con resultados importantísimos, habiendo reunido una valiosa colección de objetos y sesenta y siete cráneos extraídos de sepulcros de piedra cuya mayoría fué hallada en Mounds; y después en el Ohio donde exploró científicamente, entre otros, el Marriott Mound, junto con el doctor C. L. Metz.

Los antiguos monumentos de tierra del Ohio fueron visitados y examinados también por el doctor Putnam durante seis años, y gracias á su celo y actividad se ha conservado el famoso Mound en forma de serpiente el que convenientemente despojado de la vegetación que lo ocultaba, y cuidadosamente restaurado pasó á ser propiedad del Peabody Museum, cuya administración lo cedió á perpetuidad á la Sociedad Arqueológica é Histórica del Ohio, como puede verse por la inscripción que allí ha sido colocada y que transcribo aquí:

THE SERPENT MOUND PARK
THE SERPENT MOUND WAS FIRST DESCRIBED BY
SQUIER AND DAVIS IN
"ANCIENT MONUMENTS OF THE MISSISSIPPI
VALLEY" 1843
SAVED FROM DESTRUCTION IN 1885 BY
FREDERIC WARD PUTNAM
PROFESSOR OF AMERICAN ARCHAEOLOGY AND ETHNOLOGY
HARVARD UNIVERSITY
THE LAND INCLUDED IN THE PARK
WAS SECURED BY SUBSCRIPTIONS OBTAINED BY LADIES OF BOSTON
IN 1887 WHEN IT WAS DEEDED TO THE TRUSTEES OF
THE PEABODY MUSEUM OF HARVARD UNIVERSITY CAMBRIDGE
MASSACHUSETTS
EXEMPTED FROM TAXATION BY ACT OF LEGISLATURE
OF OHIO IN 1888
TRANSFERRED BY HARVARD UNIVERSITY MAY 1900 TO THE
OHIO STATE ARCHAEOLOGICAL AND HISTORICAL SOCIETY
FOR PERPETUAL CARE
AS A
FREE PUBLIC PARK

Pero la gran obra del doctor Putnam ha sido el impulso que él supo imprimir, desde la dirección del Peabody Mu-

seum, á las exploraciones y estudios sobre la arqueología americana y más aun, cosa rara, en la generalidad de los que se ocupan de ciencia, supo no ser egoísta y estimuló el estudio y formó una pléyade de americanistas y arqueólogos que hoy hacen honor á los Estados Unidos diseminados entre los diversos museos y universidades; de este número es el distinguido arqueólogo Marshall Saville, del Museo de Nueva York, y profesor en la Columbia University de la cátedra últimamente creada por el señor Duque de Loubat.

El señor George A. Dorsey, curador de la sección de antropología del Field Columbian Museum de Chicago y bien conocido como trabajador infatigable, también fué discípulo de Putnam.

Y por fin el Peabody Museum, alma mater de la arqueología americana, ha visto desfilar por sus laboratorios al doctor Walter Fewkes, el sucesor de Cushing, á este mismo, al doctor C. C. Abbott el infatigable explorador del Valle del Delaware, al señor Clarence B. Moore otro estudioso distinguido y constante de los Mounds y Shell-heaps, de la Florida y Sur de los Estados Unidos. A Teoberto Maler, George Gordon, Edward Thompson y otros exploradores de Centro América y del Yucatán, cuyas magníficas publicaciones en las memorias del Peabody no deben ser desconocidas.

Los mismos señores Bowditch pertenecen y Bandelier ha pertenecido al Peabody Museum.

Lo mismo que la distinguida señora Zelia Nuttall, conocida mejicanista; la señorita Alice Fletcher, la infatigable estudiosa de los indios Omaha, Pawnees, etc., y una cantidad de otras personas y jóvenes dedicadas á estos trabajos que sería muy largo enumerar.

Como dignísimo *pendant* del Peabody Museum surgió en Washington, patrocinado por la mil veces benemérita Institución Smithsonian el Bureau of Ethnology y su fundador y primer director el malogrado é intrépido mayor J. W. Powell, inspirador de un gran número de trabajos arqueológicos que se hallan consignados en la magnífica serie de publica-

ciones de dicho Bureau, merece ser también recordado con respeto.

Su gran colaborador, el sabio arqueólogo maestro eximio en la materia, por su brillante método y claridad de vistas, cuya bibliografía de trabajos serios é importantes podría llenar algunas páginas, el doctor William H. Holmes, hoy merecidamente sucesor del mayor Powell en la dirección del Bureau of Ethnology, es otro de los trabajadores de primera fila indiscutiblemente, y es imposible olvidar su nombre al tratar de estas cuestiones.

La lista de los colaboradores del Bureau of Ethnology presenta una serie de nombres todos meritorios, empezando por el señor Cyrus Thomas, el difunto coronel Garrick Mallery, á cuya perseverancia debemos la mayor colección de petroglifios y pictografías reunidas en una publicación moderna, además de otros trabajos sumamente originales y útiles que ayudarán á descifrar muchos jeroglíficos, como ser el lenguaje por medio de los signos de los indios norteamericanos. El señor James Stevenson y el señor Frank Hamilton Cushing, citado éste por el señor Latouche-Treville, ambos desgraciadamente muertos y á quienes tanto se debe en el conocimiento de los indios del Suroeste de Estados Unidos.

El doctor Washington Matthews, el estudioso de los indios Navahos y de sus ceremonias.

El doctor Franz Boas, eminente etnólogo y antropólogo, cuyos trabajos sobre los esquimales y los indios de la costa del Noroeste de América son también un modelo.

El señor Víctor Mindeleff, el estudioso de la arquitectura de los Pueblos y de las ruinas del Sudoeste. El señor Jesse Walter Fewkes, ya citado explorador del Arizona. El señor W. J. McGee, estudioso de los indios Seri del golfo de California y de muchos otros trabajos de interés científico.

Y como no puede ni debe separarse completamente la etnografía de la arqueología, porque ambas ciencias se complementan, sería injusto no recordar entre los colaboradores de primera fila del Bureau of Ethnology al Reverendo James

Owen Dorsey, cuyos trabajos sobre los indios de las llanuras, sus ceremonias y estudios lingüísticos representan toda una vida de labor; al señor W. J. Hoffman, estudioso de los indios Ojibwa y Menomini; al señor James Money que hace su especialidad del estudio de los ritos indígenas; al señor John Murdoch, etnólogo de las tribus esquimales lo mismo que el señor Edward William Nelson.

Tampoco debe olvidarse al señor Gerard Fowke, el autor de la *Archaeological History of Ohio* y otros trabajos importantes y á los otros colaboradores del Bureau of Ethnology como: H. C. Sarrow, Edward S. Holden, C. C. Royce, el bibliógrafo de los idiomas indígenas señor C. C. Philling, el doctor Albert S. Gatschet, Erminnie A. Smith, Henry W. Henshaw, Willam Healey Dall, Clay Mac Cauley, John G. Bourke, George Parker, Winship, Federick Webb Hodge y otros cuyos nombres me escapan en este momento. Otro elemento importante en el estudio de la arqueología y etnología americana es el Museo Nacional de Washington donde han colaborado muchos de los señores ya citados, principalmente el doctor Holmes, el doctor W. Matthews y los señores Thomas Wilson, Otis T. Mason, Joseph, Mc. Guire, el doctor Stewart Culin de la Universidad de Filadelfia, especialista en el estudio de los juegos.

Entre los mecenas de estos estudios no debemos olvidar al señor Moris K. Jesup, patrón de la expedición del Norte del Océano Pacífico que lleva su nombre y á los señores hermanos Hyde, de la expedición al Sudoeste de los Estados Unidos; estos lo son también del Museo de Historia Natural de Nueva York, cuya obra activa en estos momentos no debe pasar desapercibida; allí también hay algunos estudiosos como los señores Harlam J. Smith, conocido por sus trabajos sobre arqueología de Michigan y la Columbia Británica; el señor George Pepper, el feliz explorador de Pueblo Bonito; el señor Carlos Lumholtz, el estudioso de los indios Huitcholes de Méjico; el señor Alfredo Kroeber, que se ha ocupado de los Arapahos; el señor Rolando Dixon, de la expedición Huntington de California.

Largo, muy largo aun sería el seguir enumerando á los

americanistas que se ocupan activamente del estudio de la arqueología de Norte y Centro América; sé muy bien que mi enumeración anterior es muy incompleta, y desde ya pido disculpa á los señores cuyos nombres no van consignados en las páginas precedentes, pero antes no olvidemos al doctor Alfredo Chavero, hoy director del Museo Nacional de Méjico, quien ha dedicado toda una vida al estudio de la arqueología de esa República; al tenaz explorador de las ruinas de Centro América el señor A. P. Maudslay, cuya magnífica obra *Archaeologia of the Biologia Centrali Americana* es un modelo en su género, lo mismo que sus *Moulages* de los monumentos más importantes de Copan, Quirigua, etc., que hoy se exhiben en algunos museos europeos y americanos y al decano de los americanistas europeos, al fundador y director del Museo Etnográfico del Trocadero en París, al doctor E. T. Hamy, todos trabajadores de primera fila cuya constante labor enriquece día por día la ciencia arqueológica de Norte y Centro América.

Sur America también posee su pléyade de trabajadores, pero á su obra no se ha referido el doctor Latouche-Treville, y por eso no trataremos de ellos en este artículo, que no quisiéramos se tomase como escrito *pro domo nostras*.

JUAN B. AMBROSETTI.

Mayo 1903.

